



TEMA PASTORAL
YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN



«YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN»

El tema que se nos propone este año toma las últimas palabras de María a Bernardita cerrando la conversación con aquella que deseaba saber quién era: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

La ejecución de este tema previsto por el P. Cabes y aquellos con los que trabajaba muestra que no se trata de un tratado teológico mariano, sino que hay ahí para cada peregrino una ocasión única de volver a encontrar una suerte de inocencia primaria, más allá de su pecado. Por otra parte, la dimensión de reconciliación está en el centro de la pastoral del Santuario. Sí, en este mundo «maravilloso y dramático», como decía Pablo VI, no todo es oscuro, perdido, podrido.

Es posible una esperanza. Esta esperanza es una experiencia que renovaremos: experiencia de la gratuidad del don y del encuentro, experiencia de la verdad posible en nuestras vidas cuando nos sentamos ante la gruta sin temor a ser juzgados, sino al contrario siendo acogidos como somos, experiencia de la vida más fuerte que cualquier otra cosa y que nos invita constantemente a renacer.



María, la Inmaculada, es una mujer totalmente disponible a la acción de Dios en ella. Concebida sin pecado no manifiesta ningún obstáculo al poder transformador del amor. Así es nuestra madre, pero también nuestra hermana en este camino de humanidad a veces amargo, nuestro modelo en la escucha de la Palabra hecha carne. Así, la Inmaculada Concepción es a la vez un nombre y una misión: transmitir al mundo, sin obstáculos, el amor de Dios a cada uno.

Esta misión la recibimos con la gracia del bautismo y se dan cuenta de que este tema que nutrirá nuestras peregrinaciones a lo largo del año 2020 tiene que ver con la gracia bautismal. Dios nos ofrece la salvación, objeto de su promesa. Y Dios cumple sus promesas. Esto tenemos que vivirlo en Iglesia. Las peregrinaciones son experiencias formidables de Iglesia. Este tema nos permitirá captar de nuevo su belleza y su riqueza. Leerán con interés y provecho todo lo que se ha preparado para que los peregrinos puedan vivir una verdadera aventura espiritual con María.

Mgr Olivier Ribadeau Dumas
Recteur du Sanctuaire de Lourdes

I

Lourdes con nombre de Origen

«Yo soy la Inmaculada Concepción»



INTRODUCCIÓN

Se nos proponen tres miradas con gestos concretos para su aplicación:

1 - EL ROSTRO DE MARÍA, INMACULADA CONCEPCIÓN

La criatura completamente transparente del amor ofrecido. Una criatura, no una diosa, ni un ser intermediario entre Dios y el hombre. Una mujer disponible por completo, desde el principio hasta el final, desde su concepción hasta su muerte. Fue concebida sin pecado, sin ningún obstáculo que se opusiera al amor, Inmaculada. De lo contrario Dios se habría quedado para llamar a su puerta. De hecho, el amor puede encarnarse en ella, no ser una palabra vana. Ella concibe el don de Dios. El 25 de marzo, después de tres semanas de Apariciones y tres semanas de silencio, puede al fin declarar a Bernardita: «YO SOY la Inmaculada Concepción». Por eso el pueblo cristiano desea tanto acercarse a María, una Madre tan bella. En nuestras regiones se venera su imagen. Estamos invitados a llevarla a Lourdes, como signo de reconocimiento.

Llevamos a Lourdes la imagen de María.

2 - LA APARICIÓN QUE SIGUE A LA DEL 25 DE MARZO TENDRÁ LUGAR EL MIÉRCOLES 7 DE ABRIL.

Bernardita, al cabo del tiempo tiene en las manos ya no la cera de la vela, sino la llama, ella misma se convierte en cirio pascual, zarza ardiente, signo de la presencia abrasadora de ese Amor que quiere pasar a través de nosotros. Cada uno es elegido incluso antes de la fundación del mundo para ser santo e inmaculado en presencia de Dios en el amor. El privilegio de María nos dice lo que somos y nuestra vocación.

Cada uno de nosotros recibe una piedra blanca con un nombre nuevo, el secreto de su corazón en el Corazón mismo de Dios: el nombre y la misión. Cada uno lo recibe con la gracia de su bautismo: «¡Tú eres mi hijo amado. Eres una pura maravilla!» Y la gracia del sacramento de la Reconciliación nos sumerge en la alegría de nuestro nuevo nacimiento en Dios. Teníamos, de manera casi instintiva, el sabor del pecado y María nos da el sabor de

Dios, el gusto de la adoración, la escucha de su Palabra y el placer de una vida completamente entregada.

*Recibo una piedra blanca
donde inscribo
el nombre recibido en la
oración y el intercambio.*

3 - LA IGLESIA ES ESTA FAMILIA, ese lugar materno donde se nos reconciliamos con Dios, donde recibimos a hermanos con quien compartir el don de Dios. ¡Un cristiano aislado es un cristiano en peligro! María, la Madre, quiere que estemos todos juntos, con Jesús nuestro Hermano mayor. Entonces nos damos cuenta de que nos ha precedido una inmensa muchedumbre de testigos que acogieron en su vida la luz. Son santos y podemos elegir a la persona que nos ayudará personalmente en nuestro camino de la fe.

Llevamos a Lourdes muchas intenciones que nos han confiado. Volvemos de Lourdes enriquecidos con un nuevo compromiso: puede ser el agua de la Gruta, recuerdos... También podemos descubrir la

gracia de una fraternidad cristiana, un grupo de oración, servir, entrar en un movimiento. También se nos puede ofrecer, por ejemplo, el escapulario de **la Familia de Nuestra Señora de Lourdes** para permanecer en la gracia del encuentro. Después recibimos todos los meses una carta que meditamos, si es posible con otras personas, constituyendo pequeños Cenáculos, casa de discípulos-misioneros, apóstoles de un nuevo Pentecostés. Nos gustaría señalar en Lourdes las fiestas marianas, el mes de María, hacer del santuario y de los lugares vinculados a él **«escuelas de la Inmaculada»**, recordándonos siempre que María nos lleva a Jesús. Es Él quien nos la da: «¡He aquí tu Madre!», y nos vuelve atentos: «Haced lo que Él os diga».

*Elijo o recibo el nombre
de un santo para
que me acompañe.
Realizamos el acto
de confianza o de
consagración hacia
la Inmaculada Concepción
de María.*



© SNDL - Pierre Vincent

ORACIÓN DE CONSAGRACIÓN A LA VIRGEN MARÍA

San Luis María Grignon de Montfort

Te escojo hoy, Oh María
en presencia de toda la corte
Celestial por mi Madre y Señora,
te entrego y consagro
con todo amor
y entera sumisión mi cuerpo
y mi alma,
mis bienes interiores y exteriores
y aún el valor
de mis buenas acciones:
pasadas, presentes y futuras,
dejándote en entero y pleno
derecho de disponer de mi
y de cuanto me pertenece
sin excepción según tu amable
beneplácito para mayor gloria de
Dios en el tiempo y en la eternidad.
Madre del Señor acepta mi
oblación y preséntala a tu Hijo. Si
El me redimió con tu colaboración
debe ahora recibir de tu mano
ahora el don total de mi mismo.
¡Amén!

ACTO DE CONFIANZA EN MARÍA

Familia de Nuestra Señora de Lourdes

Bendito seas, Dios, Padre nuestro,
que creaste a María tan bella,
y nos la diste por Madre
junto a la Cruz de Jesús.
Bendito seas porque nos llamaste,
como a Bernardita,
para ver a María en tu luz
y beber en la fuente de tu Corazón.
Tu conoces, María,
las miserias y pecados
de nuestras vidas
y de nuestro mundo.
Nos confiamos a ti en este día,
totalmente y sin reservas.
Queremos renacer de ti cada día
por el poder del Espíritu,
y vivir la vida de Jesús como
humildes servidores
de nuestros hermanos.
Enséñanos, María,
a llevar la vida del Señor.
Enséñanos el Sí de tu corazón.

YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Acto de consagración a la Inmaculada por S. Maximiliano Kolbe

Yo... pecador indigno,
me postro ante ti,

suplicando que aceptes todo mi ser como cosa
y posesión tuya.

A ti, oh Madre, ofrezco todas las dificultades
de mi alma y mi cuerpo, toda la vida, muerte y eternidad.
Dispón también, si lo deseas, de todo mi ser, sin ninguna reserva,
para cumplir lo que de ti ha sido dicho:

"Ella te aplastará la cabeza" (Gén 3:15),

y también:

"Tú has derrotado todas las herejías en el mundo".

Haz que en tus manos purísimas y misericordiosas
me conviertan en instrumento útil para introducir y aumentar tu gloria
en tantas almas tibias e indiferentes, y de este modo,
aumento en cuanto sea posible el bienaventurado
Reino del Sagrado Corazón de Jesús.

Donde tú entras oh Inmaculada, obtienes la gracia
de la conversión y la santificación, ya que toda gracia
que fluye del Corazón de Jesús para nosotros,
nos llega a través de tus manos.

*En un campo del pueblo de
San Miguel Los Lotes, en
Guatemala, una planta sale
de tierra recubierta de cenizas
después de la erupción
del Volcán de Fuego.*

¡La Vida es mucho mas fuerte!



© Pixabay

B - REFLEXIÓN SOBRE EL TEMA

1 - «DIOS TE SALVE MARÍA...»

a) La gracia de un encuentro, a la sombra de la Cruz

Aquí estamos con Bernardita en la gruta para encontrar a María. De hecho, durante las apariciones, nadie veía a María, todos querían ver a Bernardita: descubrían en la Luz a ella, la niña ignorada de Lourdes. Es a ella a quien queríamos unirnos en 2019, en el doble aniversario de su nacimiento y muerte.

Durante el año 2020 nos gustaría sumergirnos en el misterio de ese rostro que refleja una claridad que viene de otro lugar. Primeramente, seguir el camino que le insta a realizar a ella, respondiendo a la pregunta realizada el 18 de febrero: *«Señora, ¿tendría usted la bondad de poner su nombre por escrito?»* - *«No es necesario»*, responde ella sonriendo, y retomando la misma fórmula utilizada por Bernardita, le pide un compromiso: *«¿Quiere hacerme el favor de venir aquí durante quince días?»* No puedo dar mi nombre como se presenta una etiqueta, un documento oficial, le propongo abrirle mi corazón, y eso supone que abra usted el suyo... ¿Quiere comprometerse en este intercambio?

Tiempo de la familiarización, de la mutua revelación. No se trata de recibir sino de dar, de entregarse a un intercambio, gratuito, a una comunión de gracia, sabiendo que solo así se entrará en el don de existir como persona. El cuerpo, la mente, el corazón del otro se convierten fácilmente en mercancías que se pueden explotar.



YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Estamos invitados a visitar, a descubrir, a suscitar un misterio revelado al secreto del Encuentro.

Querer conocer el nombre de María es disponerse a escuchar los latidos de su corazón, es hacer el suficiente silencio para dejar pasar el soplo que el otro quiere transmitirme, es ver poco a poco donde se encuentra su morada, morar en ella también, estar en sintonía con sus gustos, su manera de pensar, remontar hasta sus orígenes para renacer yo también a una nueva vida, una exigencia compartida.

Bernardita, ya desde el primer momento de sorpresa vio luz en la Gruta y tuvo que situar el encuentro a la sombra de un signo demasiado habitual y al que hay que acercarse con el respeto que merece: la señal de la Cruz: *«En el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo»*. En el Nombre de un Dios en tres Personas que se revela en la Cruz, Cruz de sufrimiento, Cruz deseada por un Amor que da sentido incluso al sufrimiento y a la muerte. Cruz que revela el Misterio de un Dios Relación eterna de amor, hasta la capacidad de morir por aquel que ama.

Es ahí donde siempre tenemos cita. Bernardita lo supo, hasta morir ella

también con el crucifijo atado en su pecho. Ella existe también para amar. *«No viviré un solo instante sin amar»*. En la Gruta, Bernardita descubrió un encuentro ordinario, y sin embargo tan escaso: *«Me miraba como una persona que habla a otra persona»*. Si se toma la expresión en serio, implica un infinito respeto por el misterio único al que se dedica cada ser humano y del que no tiene él mismo la medida. El ser humano no es un objeto, ni un animal guiado por su instinto, él es el ser único con quien Dios quiere entrar en relación. Una libertad habla a otra libertad, en el soplo del Espíritu de Amor.

Tendríamos sin lugar a dudas una idea de este encuentro si juntamos el principio y el final del Evangelio, el saludo dirigido a María por el ángel Gabriel enviado por Dios (Lc 1, 28) y el dirigido por Jesús a las mujeres que encontraron la tumba vacía: *«Alegraos»* (Mt 28, 9). Acercamiento respetuoso de Dios que se dirige a la libertad de su criatura para confiarle una misión: dar vida a Cristo, dar vida a la Iglesia, engendrar el mundo nuevo. Las mujeres son llamadas así a entrar en el pensamiento mismo de Dios y a inventar la vida.

b) «¿Quién eres tú, Inmaculada Concepción?»

María no es sino la respuesta perfecta dada finalmente al deseo de Dios. Ella está en sintonía con la ofrenda a la alegría del Amor eterno. El Padre reconoce en esta mujercita de Nazaret a la criatura que confía en él; la confía el Hijo, sin temor, como un embrión en el seno de su madre, como el niño completamente dependiente de la buena voluntad de sus padres. Ella es pues el Templo, el ícono, la «Esposa» del Espíritu Santo, si empleamos las imágenes utilizadas en el Concilio Vaticano II, por los Papas o los santos¹.

«¿Quién eres tú, Inmaculada Concepción?» Era la pregunta del P. Kolbe durante su peregrinación a Lourdes en 1930. También era el objeto de su meditación el día de su arresto, el 17 de febrero de 1941, cuando le iban a llevar al campo de Auschwitz. Vivía de nuevo con el entusiasmo del ángel Gabriel, contemplando en ese rincón desconocido de Nazaret el misterio adorado en el cielo: la concepción del

Hijo Único. La carne de una mujer da Vida al Dios que se ofrece. Ella es el eco perfecto del Sí eterno de Dios, ella permite que resuene para siempre en la historia del mundo.

El Espíritu de confianza y amor ha sido expulsado del paraíso por el pecado del hombre, y la tierra se ha vuelto un infierno. Después se ha acercado a algunos privilegiados, patriarcas, profetas o reyes, que lo acogieron, pero también se mostraron infieles; ahora puede permanecer entre los hombres: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra*», porque eres el



1 - El Concilio designa a María como «Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo». La cualidad de Esposa del Espíritu Santo no hay que ponerlo a la misma altura que la misión de Madre de Jesús, pero es una imagen que san Francisco utiliza muy a menudo en su Antífona mariana, utilizada por el P. Kolbe y retomada por Pablo VI en la Exhortación *Marialis Cultus* 26, y por Juan Pablo II en la Encíclica *Redemptoris Mater* 26.

Tabernáculo, la Tienda donde viene a habitar el Don de Dios.

Dios se revela humanizándose. Se reconoce en su criatura, transparente del Amor. Y María, que no se complace un solo instante en su maravillosa belleza, deja cantar en ella al Dios que se humilla: ella es su esclava, se parecen los dos. Y ella también deposita su mirada en una humilde muchacha de un pueblecito de los Pirineos, un Nazaret de hoy, una Bernardita que se parece a ella. Va a reconocer y despertar en ella la misma transparencia, la misma disponibilidad a su misión, hacer nacer a Cristo en las almas.

La sociedad de la peregrinación está invitada a suscitar la comunión de las personas en torno a María y Bernardita: que aparezca en la luz el rostro de los hermanos, rostro del mundo, rostro de Dios. Sería interesante que cada grupo se llevase a Lourdes una imagen de María venerada en su diócesis, en su país. Podría figurar con los estandartes de la procesión mariana y manifestar la presencia en nuestros caminos de esta Madre que nos engendra a la vida de Dios. Le presentamos nuestro cariño, guiados por el mismísimo Señor: «*Dios te salve, María...*»

2 - «MÁS JOVEN QUE EL PECADO»

a) *Dios se da en un niño pequeño*

Bernardita aprende ese 25 de marzo de 1858 que la Señora de la Gruta, "Aguero", es la Madre de Jesús. Sin embargo, el nombre que se da puede sorprender. Evoca el dogma definido por el papa Pío IX cuatro años antes, el 8 de diciembre de 1854: María fue concebida sin pecado original. Pero en Lourdes ya no se trata solo de recordar una cualidad ya reconocida en la oración de la medalla milagrosa: «*Oh María sin pecado concebida...*», sino de que María diga quién es, de revelar el secreto de su corazón. Junta las manos y levanta los ojos hacia el cielo diciendo: «*Yo soy la Inmaculada Concepción*».

Se ha llegado a pensar que quería significar que era la Pureza absoluta, pero la concepción no es una cualidad, es una acción. Ahora bien, el 25 de marzo, nueve meses antes de Navidad, se celebra la concepción de Jesús. Así María identifica todo su ser a su misión, concebir para el mundo un pequeño ser que acaba de ser formado en su seno, el Hijo de Dios: ella no tiene otra existencia que esa maternidad, indicada aquí en su misma raíz, la concepción del niño. Si ella misma fue concebida

sin pecado, no es para que nos paremos en ella y la admiremos, sino para que la sigamos en su sí, en su acogida del don de Dios a darse en un niño pequeño.

El P. Kolbe intenta explicárnoslo: En Dios el Padre es quien concibe, el Hijo es aquel que ha sido concebido y el Espíritu es la concepción, el amor compartido del Padre y del Hijo². Y Dios quiere ofrecer a la tierra ese amor: para ello ha dispuesto amorosamente el corazón de una criatura para que acoja su Espíritu sin reservas. Si ella no hubiera dicho sí, él no habría forzado la puerta, se habría quedado llamando a la puerta. Pero supo encontrar a esa mujer de Nazaret, completamente vaciada de sí misma, de cualquier pretensión a una existencia independiente: está colmada de gracia, llena del Espíritu Santo; está llena de luz.

b) El éxito de Dios

Nada está perdido para Dios. El pecado no fue el primero en hablar en la historia. Estamos enraizados en un Amor que nos lleva y que el pecado no ha conseguido borrar de lo más profundo de nuestros corazones. En el hueco de nuestra

historia, bajo todas las capas de violencia y barro, más auténtico que toda nuestra suciedad, se encuentra ese cántico de manantial que sube del corazón de María, está el sí, ese «*Fiat*» pronunciado a la luz y que nos libera de la noche del vacío.

Cuando el Señor quiere crear el mundo sabe que puede decir «*Fiat Lux*», «*Exista la luz*», ya que oye la respuesta de su criatura: «*Fiat mihi secundum Verbum tuum*», «*Hágase en mí según tu palabra*». Oye latir el corazón de aquella que permite a su Palabra creadora tomar carne en ella. La existencia no nos es impuesta. Cada uno tiene que dejar entrar en sí esa parte mariana de su ser, que se atreve a decir sí. «*Bendito seas Señor por haberme creado*»: era la oración de santa Clara, es la nuestra cuando nos liberamos de nuestro orgullo o miedos, y nos abrimos a la Vida.

El «*Fiat*», el Sí de María es el sí de una libertad que saca sus fuerzas de la Gracia. Eva dejó que la serpiente instalara en ella la duda, María vive de la confianza en Aquel que irá hasta el final en su fidelidad al Padre. María vive de la obediencia de Jesús. En la cronología de nues-

2 - Maximilien Kolbe, *La Inmaculada revela al Espíritu Santo*, traducción al castellano Juan Francisco Villepelée, Pbro. Madrid, 14 de marzo de 2006, pp. 47-51.

YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN

tra tierra, existe antes que su Hijo Jesús, pero en el corazón de Dios es desde siempre y hasta siempre el primer discípulo del Verbo, «*hija de su Hijo*»³.

Teresita del Niño Jesús puede ayudarnos a entender, a partir de su propia existencia, esta dependencia de María respecto a su Hijo, mejor que los más grandes teólogos. Ella misma es consciente de que sin la acción de Dios que la preserve, sería la mayor pecadora: «Reconozco que sin Él, podría haber caído tan bajo como santa Magdalena [...] pero también sé que Jesús me ha *dado más que a santa Magdalena*, porque me lo ha dado por *anticipación* impidiendo que cayera» (Manuscrito A, 38 v). La santidad es el fruto de una Misericordia considerada, no es una cualidad de la que la persona podría vanagloriarse.

María, concebida sin el pecado original, parecía a los teólogos que era una excepción en la redención universal de la muerte y resurrección de Cristo. No habría necesitado ser redimida. Aunque es la más perfectamente redimida, no después,



© SNDL - Collections « Archives et Patrimoine »

como si Dios sólo hubiera podido reparar su creación dañada, sino desde el principio: «*La Mujer de la Gracia por fin reinstaurada. La criatura que salió de Dios la mañana de su esplendor original*»⁴.

«*Duns Scoto*⁵, para hacer comprender esta preservación del pecado original, desarrolló un argumento

3 - Dante Alighieri, citado por Juan Pablo II, *Redemptoris Mater* 10.

4 - Paul Claudel, *La Virgen a Mediodía*, Obra poética, Poemas de guerra 1914-1915, La Pléiade, Gallimard, 1957.

5 - Este teólogo franciscano del siglo XIII, fue reconocido oficialmente como «Beato» por Juan Pablo II en 1993. Su doctrina mariana, centrada en el poder de la redención de Cristo, marcó a su familia religiosa, que celebra a su patrona y reina en la Inmaculada Concepción de María.

que luego fue adoptado también por el papa Pío IX en 1854, cuando definió solemnemente el dogma de la Inmaculada Concepción de María. Y este argumento es el de la «Redención preventiva», según la cual la Inmaculada Concepción representa la obra maestra de la Redención realizada por Cristo, porque precisamente el poder de su amor y su mediación ha hecho que su Madre sea preservada del pecado original. Por tanto, María es totalmente redimida por Cristo, pero ya antes de la concepción...»⁶

c) Una fuente oculta, una esperanza nueva

No es el magisterio de la Iglesia ni los teólogos quienes han imaginado esta doctrina. «Teólogos de valía, como Duns Scoto acerca de la doctrina sobre la Inmaculada Concepción, han enriquecido con su específica contribución de pensamiento lo que el pueblo de Dios ya creía espontáneamente sobre la Virgen santísima, y manifestaba en los actos de piedad, en las expresiones del arte y, en general, en la vida cristiana. Así, la fe, tanto en la Inmaculada Concepción como en



© SNDL - Pierre Vincent

la Asunción corporal de la Virgen, ya estaba presente en el pueblo de Dios, mientras que la teología todavía no había encontrado la clave para interpretarla en la totalidad de la doctrina de la fe. Por tanto, el pueblo de Dios precede a los teólogos y todo esto gracias a ese sobrenatural *sensus fidei*, es decir, a la capacidad infusa del Espíritu Santo, que habilita para abrazar la realidad de la fe, con la humildad del corazón y de la mente.

En este sentido, el pueblo de Dios es «magisterio que precede», y que después la teología debe profundizar y acoger intelectualmente. ¡Ojalá los teólogos escuchen siempre esta fuente de la fe y conserven la humildad y la sencillez de los pequeños!»⁷

6 - Benedicto XVI, Audiencia general del 7 de julio de 2010.

7 - Benedicto XVI, Audiencia general del 7 de julio de 2010.

El pueblo, sin duda, no habría podido desarrollar intelectualmente la doctrina del pecado original: lo que vive es la certeza de una presencia materna, la ternura de un amor, de donde brota una vida verdadera, no contaminada o condenada, sino pura y bella desde siempre y hasta siempre. Esto es lo que la fe nos enseña: la fe, es decir, **la confianza originaria** que nos saca de la nada y nos hace disponibles a la obra de Dios.

María concebida sin pecado no carece de nada, no es menos humana que los pecadores, al contrario. Es la criatura que no escapa a las manos de Dios y que permanece obediente a la gracia. Ella es la que escucha, y por lo tanto está liberada de las cárceles del egoísmo, del orgullo o del miedo. Vacía de todo el estorbo de un yo encerrado en sí mismo, es porosa al amor ofrecido, es capaz de llevarlo al mundo.

María, ¿una excepción en nuestra humanidad? Estadísticamente seguro, pero la verdad no está en la estadística. María es la verdadera humanidad, da testimonio en el

corazón de nuestra historia que el origen es siempre accesible. Y en Lourdes, con Bernardita, nos atrae a la fuente. Nos hace descubrir quiénes somos en el corazón de Dios. Tanto es verdad que existimos por la mirada que nos hace vivir. No me doy la vida, la recibo y la transmito, vivo por y en un intercambio de amor.

Por lo tanto, nosotros somos la excepción, los que sentimos bien esta complicidad con el mal, el miedo, la sospecha, y los que tratamos de escapar a los paraísos artificiales. Pero en Jesucristo, su Hijo primogénito, Dios nos hace renacer también como hijos suyos. *«Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor»* (Ef 1, 4). Nos hizo renacer en la familia Iglesia: *«como Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada»* (Ef 5, 25-27).⁸

8 - Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad» (Papa Francisco Exhortation *Gaudete et exsultate* § 7). La santidad es el rostro más bello de la Iglesia (§9). Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra (§ 14). No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida «existe una sola tristeza, la de no ser santos» (§ 34).

Por tanto, dejémonos llevar por la humildad confiada de María, con la sencillez de Bernardita que frustra las trampas que se le tienden. Acojamos a esta niña que Dios nos da, «*más joven que el pecado, más joven que la raza de la que procede, y aunque Madre por la gracia, Madre de las gracias, la hija menor del género humano*».⁹

«*Tenía los ojos azules*», color del nacimiento. Así concluía Bernardita la narración de las Apariciones¹⁰.

3 - «AHÍ TIENES A TU MADRE»

a) *Un nombre nuevo, un nacimiento nuevo*

Todo privilegio en Dios está hecho para ser compartido. María no se hace admirar por Bernardita, le confía una misión, la de ofrecer a un mundo pecador este anuncio: «*YO SOY la Inmaculada Concepción*». Bernardita no sólo repite, se apropia esta declaración y la hace suya. Así, «los sacerdotes» a quienes es enviada sabrán que a su vez deben «construir una capilla», morada de Dios entre los hombres, pero fuera de los caminos ya co-

nocidos, como en el desierto. Está naciendo algo nuevo: se convoca un pueblo en una tierra virgen para acoger la gracia de una nueva creación.

El fariseo Nicodemo le hará a Jesús la pregunta que había sido la de María al ángel Gabriel cuando le enseñaba que debía ser la madre del Mesías: «*¿Cómo puede ser posible?*» (Juan 3) «*¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?*» Se trata de esto. Nuestro nacimiento en la tierra nos abre un espacio que debe darnos el recuerdo y el gusto del otro. Estamos hechos para la felicidad de otro mundo, no para evadirnos de aquel que habitamos, sino para despertar en él una disponibilidad a la gracia. «*Maestro, ¿dónde vives?*» preguntan los discípulos de san Juan Bautista a Jesús: van a descubrir al hijo Amado que vive en el seno del Padre (Juan 1, 38-39).

Tenemos en María el modelo de la capilla que hay que construir, la casa de Nazaret y el Cenáculo, casa

9 - G. Bernanos, *Journal d'un curé de campagne*, in Œuvres romanesques, La Pléiade, 1961, p.1194.

10 - R. Laurentin, *Vida de Bernardita*, Herder, p. 180-181.

habitada por la oración y disponible al don del Espíritu. ¿No puede ya el Calabozo de la calle de *Petits-Fossés* darnos la dirección? Oración y amor filial eran el alimento de Bernardita a diario. Amor de Dios y servir a los pobres eran su vocación con las hermanas de la Caridad de Nevers. Quemada con la llama que brota de la tumba el domingo de Pascua por la mañana, Bernardita reflejará la sonrisa, la luz de la mirada y el corazón de María. Hace el recado, no como un cartero que ignora el contenido del mensaje sino como los primeros testigos de la Buena Noticia, que son ellos mismos los primeros transfigurados.

Bernardita cuando vuelve del éxtasis, no puede explicar el sentido de su declaración, pero la acogió como una semilla en su corazón: «YO SOY la Inmaculada Concepción». María fue admitida la primera en la familia de Dios. No por

su naturaleza, sino por la gracia y la obra del Espíritu Santo en ella y participa en el nacimiento del Hijo de Dios. Bernardita asumirá también esa misión. Lo decíamos en el 2019 cuando la veíamos enseñar la Caridad de Dios a una de las muchachas que entraban en Nevers, pero que no se sentía capaz de acercarse a la llaga repugnante de una religiosa enferma¹¹. «YO SOY la Inmaculada Concepción». Me dejo quemar por la llama de la vela y me convierto en zarza ardiente: no soy nada por mi mismo, tan solo una planta de espinos, una presencia de amor me ilumina desde el interior para difundirse a través de mí¹².

No, Bernardita tú no eres una «*inútil*», eres una pura maravilla y harás nacer en tu hermano peregrino, el gusto de encontrar la fuente olvidada de su concepción en el seno mismo de Dios, de su vocación de hijo de Dios.

11 - «Un día Bernardita me encargó llevar de paseo a la madre Anne-Marie Lescure, que estaba ciega. Ella me dijo: - *Ten el mismo cuidado que si fuera el buen Dios*. Yo le respondí: - *¡Ah! La diferencia es notable*. Le pregunté por qué aquella enferma no llevaba completo su hábito religioso. A lo que me dijo: - *Ven a verlo esta tarde*. Fui, en efecto, y vi la llaga de aquella enferma, poblada de gusanos que Bernardita recogía en un plato. No pude soportar aquel espectáculo. Bernardita me dijo: - *Vaya hermana de la caridad que vas a ser! Tienes poca fe*». (Testimonio de Julie Garros, en R. Laurentin, *Vida de Bernardita*, Herder, p. 180-181)

12 - Es el sentido del milagro del cirio, el miércoles de Pacua, 7 de abril de 1858.

b) El nombre y la misión de la Iglesia

El nombre de María es la misión de la Iglesia, no una actividad entre otras, sino una misión que la define, que le da un nombre. Ella deja pasar, lleva y da al mundo el Unigénito, expresión perfecta del Amor del Padre. *«El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al vencedor le daré el maná escondido, y una piedrecita blanca, y escrito en ella un nombre nuevo, que nadie conoce sino aquel que lo recibe»* (Ap 2, 17). Estaría bien que durante la peregrinación cada participante reciba una piedra blanca donde pueda escribir la misión que se le confía, una misión única donde su vida entera quede comprometida. Pienso en esa religiosa que el día de la toma del hábito recibió el nombre de «la alegría compartida»: sin darse cuenta, irradiaba en muchas circunstancias una alegría que los demás recibían con gusto.

«YO SOY la Inmaculada Concepción». El Señor no es celoso de sus privilegios, nos da todo, incluso la vida de su único Hijo, el amado (Gén 22, 2). A diferencia de Abrahán que vuelve a encontrar a su hijo Isaac

dispensado del sacrificio, el Padre va hasta el final de la ofrenda, y María, la Madre, participa en ella. Se nos manifiesta pues que ese Amor es capaz de atravesar el abismo del rechazo, del sufrimiento y la muerte, y de suscitar al final el sí de la criatura que le reconoce: Dios se mostrará capaz incluso de transformar a los culpables en peregrinos, reconciliados con la Vida que da.

Entremos en ese diálogo que hace nacer la Iglesia en el jardín de la tumba vacía. La mujer se quedó llorando. Oye que la llaman: *«¡María!»* y reconoce al que le habla: *«¡Rabboni!»* (Juan 20, 16). Jesús en cierta manera «inmaculiza» a la Magdalena, dándole el nombre de aquella que perdió el suyo, ya que en el Evangelio de Juan se la llama sencillamente: «la Madre de Jesús». La gran anónima del 4º Evangelio existe por la gracia que la colma y la misión que se le confía: es transparencia de ésta, la difunde completamente a medida que la ofrece.

María Magdalena promovida como «apóstol de los Apóstoles», se funde ella misma en la misión de la Iglesia, *«existe para evangelizar»¹³*. Por último, los pobres pescado-

13 - Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), § 14.

YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN

res de las orillas del mar de Galilea se convertirán en «*pescadores de hombres*», llevarán a Cristo como una madre lleva a su hijo. «Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo se forme en vosotros», dice san Pablo en la carta a los Gálatas, justo después de haber confesado el Misterio: «*Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley... para que recibiéramos la adopción filial*» (Gál 4, 4. 9).

La Iglesia debe recuperar su nombre y su misión, debe resistir sin cesar a la tentación de ser a sí misma su propia referencia, de ponerse por su cuenta para convertirse en un sistema de pensamiento, en una organización humanitaria, una religión entre otras: es el lugar de una vida compartida, la vida misma de Dios que la quema. Su única seguridad está en su Dios que le repite: «*Te he llamado por tu nombre, tú eres mío*» (Is 43, 1), «*Mira, te llevo tatuada en mis palmas*» (Is 49, 16), «*Te pondrán un nombre nuevo, pronunciado por la boca del Señor*» (Is 62, 2). «*Y tú pensarás para tus adentros: "¿Quién me engendró a estos? Si yo no tengo hijos y soy estéril; si he estado desterrada y repudiada, ¿quién me los ha criado? Me*



© SNLD - Pierre Vincent

habían dejado sola, ¿de dónde salen estos?» (Is 48, 21).

Frente a este misterio de elección gratuito de Dios, de la salvación ofrecida y la misión confiada, podrás entonces dejar subir el grito del reconocimiento hacia Aquel que te ama: «*Tú, Señor, eres nuestro padre, tu nombre desde siempre es "nuestro Libertador"*» (Is 63, 16). Entiendes que si eres la elegida, preferida, escogida, es para que todos entiendan que son queridos,

amados, elegidos a través de ti; si tú has podido ser conducida por el Señor a pesar de tus crímenes y prostituciones, – como testimonia la Historia Sagrada del pueblo judío y de la primera Iglesia –, tiene que haber un lugar para los enfermos y los pecadores, las prostitutas y publicanos en el Reino de los cielos.

Así descubrimos a la Iglesia, nuestra Madre, a imagen de María, participando en el nacimiento de los hijos de Dios. La Iglesia no es una asociación que constituimos, es una familia que recibimos y que nos sostiene. El modelo de María es también su madre, en el sentido en el que la Iglesia vive de la fe del corazón inmaculado, completamente disponible al don de Dios. María no añade nada a la obra de la salvación, colabora en ella acogéndola de manera perfecta, sin perder nada, mientras que librados a nosotros mismos, huimos y dejamos solo a Jesús. Pero *«la Madre de Jesús estaba allí»*, en Caná y al pie de la Cruz, en el «comienzo de los signos» y cuando Jesús puede decir: *«Está cumplido»*.



© SNDL - Pierre Vincent

c) Hijos de María, misioneros del Evangelio

En Lourdes, con Bernardita, podemos recibir a María en nuestra casa, **para vivir mejor la gracia de nuestro bautismo**, para dejarnos engendrar por ese corazón creyente que ha llevado a Jesús: Bernardita ingresó en las hijas de María el 8 de septiembre de 1858.

Podemos nosotros también entrar en la Familia de Nuestra Señora de Lourdes, conocer la alegría de la Aparición. Recibimos en ese momento el escapulario azul de María y Bernardita: con ellas estaremos «revestidos de Cristo» (Gál 3, 27).

Piedra blanca, escapulario azul, nos convertimos en otros Cristos en el corazón de María, discípulos-misioneros del Espíritu de vida, al servicio de la civilización del Amor. Esa es la Misión de la Inmaculada: María Inmaculada, la "llena de gracia", es el camino por el cual Jesús, a través de ella, asumió nuestra humanidad que viene aún hoy en el corazón de cada hombre. Por vía de consecuencia es hoy también el camino por el cual todo hombre va hacia su Hijo y por Él hacia el Padre. San Maximiliano María Kolbe nos guía por la vía ya trazada por san Luis María Grignon de Montfort: *«Por tanto, si establecemos la sólida devoción a la Santísima Virgen es sólo para establecer más perfectamente la de Jesucristo y ofrecer un medio fácil y seguro para encontrar al Señor. Si la devoción a la Santísima Virgen apartase de Jesucristo, habría que rechazarla como ilusión*

diabólica. Pero, como ya he demostrado y volveré a demostrarlo más adelante, sucede todo lo contrario. Esta devoción nos es necesaria para hallar perfectamente a Jesucristo, amarlo con ternura y servirlo con fidelidad.»

(Tratado de la verdadera devoción a la santísima Virgen María.)

Tendríamos que retomar el Capítulo VIII de la Constitución conciliar sobre la Iglesia y volver a descubrir que por nosotros mismos buscaremos a Jesús siguiendo los meandros de nuestros razonamientos, de nuestros pobres sentimientos, tan rápidamente desviados de las buenas intenciones o buenas resoluciones que nos llevan. Sólo María, con su fe pura, trazará un camino directo hasta el corazón de Dios. Desde entonces, *«lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta»*¹⁴. Así María es mediadora de una «mediación materna»¹⁵, como una matriz que nos modela y nos engendra a imagen de nuestro hermano mayor.

La oración mariana toma allí su raíz, nos hace entrar en el Magnificat de María, hasta el pie del Calvario, has-

14 - Vaticano II, *Lumen Gentium* 60.

15 - Es el título de la tercera parte de la Encíclica *Redemptoris Mater*.

ta los caminos de la Iglesia, entre los hombres de todos los tiempos, desde todos los lugares, en el sople del Espíritu de Jesús entregado en la cruz para un nuevo Pentecostés. Bernardita lo reconoció delante de la Gruta de Massabielle. Ahora tenemos que acogerlo también nosotros y deslizarnos en la gracia del don que se nos propone.

«*El futuro de Lourdes es la Inmaculada Concepción*», aseguraba el P. Duboé, uno de los primeros capellanes, en el momento de la inauguración del culto en la Gruta en 1866. Se añadía en 2008: «*El futuro de la humanidad es la Inmaculada Concepción*», es la alegría del nacimiento y del comienzo¹⁶.

Texte écrit par le Père André Cabes



© SNDL - Pierre Vincent

16 - El P de La Teyssonnière, citando al P Duboé, resume su discurso asegurando: «*Lourdes es (para) los pecadores*», es decir, para todos. Véase el Coloquio de Lourdes 2005, pág. 151, y el Coloquio de 2008, donde el P Brito puede concluir, p. 44: «*En todo ser humano, por desfigurado que esté por el pecado, estará siempre presente la marca de Dios. Por eso nadie tiene derecho a desesperarse, ni de sí mismo ni de su hermano. Así, en la persona de María se abre al mundo entero una inmensa esperanza*».



Algunas orientaciones pastorales
sobre el tema de 2020

En el corazón del mensaje de Lourdes: «Yo soy la Inmaculada Concepción»

ALGUNOS ENFOQUES PASTORALES A LOS DIRECTORES DE PEREGRINACIONES Y A TODA PERSONA EN SERVICIO EN EL SANTUARIO.

Queridos amigos, este año el santuario de Lourdes propone como tema pastoral las palabras que la señora de Massabielle confió a Bernardita Soubirous en la 16ª Aparición, el 25 de marzo de 1858: «*Yo soy la Inmaculada Concepción*».

¿Cuál es el objetivo de un tema pastoral?

Son posibles varias respuestas. He aquí tres:

1. Conocer, profundizar y apropiarnos de la experiencia de Bernardita. Esta experiencia la conocemos con el nombre de «Mensaje de Lourdes», «Gracia de Lourdes» o «Gracia propia del Santuario».
2. A partir del relato de las Apariciones, que es singular, se nos invita a encontrar los acordes y armonías con el gran relato del Espíritu Santo: la Palabra de Dios y la enseñanza de la Iglesia.
3. Un tema del año tiene también por objeto ser un instrumento pastoral para todos los que tienen la responsabilidad de animar una peregrinación a Lourdes.

Un pequeño equipo de capellanes al servicio del santuario de Lourdes -P. Horacio Brito (Misionero de la Inmaculada Concepción), P. Krzysztof Zielenda (Oblato de María Inmaculada), P. Alexius Igbozurike (Oblato de María Inmaculada) y P. Maxime Kouassi, (Eudista)-, por petición del P. Rector, se complace en poder compartir con ustedes sus reflexiones, que esperamos sean un instrumento al servicio de los peregrinos.



© SNDL - Pierre Vincent

PREVIAMENTE EL DOGMA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DEFINIDO POR EL PAPA PÍO IX (1854)

«En 1858 Bernardita no tiene la menor noción de catecismo. En efecto, el nombre de la Señora no evoca nada para ella. Sin embargo, las palabras «Yo soy la Inmaculada Concepción» remiten para la mayoría de los cristianos al dogma definido por el papa Pío IX en la Bulla *Ineffabilis Deus*, del 8 de diciembre de 1854».

«Declaramos, proclamamos y definimos que la doctrina que sostiene que la santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano, está revelada por Dios y debe ser, por tanto, firme y constantemente creída por todos los fieles».

Si la definición del dogma es relativamente reciente, la devoción a la Inmaculada Concepción es mucho más antigua.

Es una larga controversia la que retrasó la definición del dogma. Algunos teólogos sostenían que, dado que el pecado original afectaba a toda la humanidad, no podía haber excepciones. Por tanto, también la Virgen María habría estado marcada por la mancha original y luego purificada en el seno materno; así habría podido nacer inmaculada.

En el siglo XIII, siguiendo a san Anselmo y a la escuela franciscana, Jean Duns Scot muestra simplemente que Dios tiene dos maneras de hacer misericordia:

La primera es **curativa** y la segunda es **preventiva**.

Con respecto a toda la humanidad, siendo María la excepción a esta regla común, Dios ejerce una **misericordia curativa**. Así, Dios responde al pecado original con su misericordia curativa en el sacramento del Bautismo. Y al pecado de cada día, Dios responde con el sacramento de la reconciliación, que es siempre expresión de su misericordia curativa.

Pero Dios puede también ejercer su misericordia de manera preventiva. Aquí ya no se trata de lavar el pe-

cado, sino de ser preservado de él. Por tanto, Dios puede preservar a María desde su concepción haciéndole misericordia incluso antes de que sea concebida.

Preservada de todo pecado desde su concepción, no solo la Virgen María no está fuera de la ley de la Redención universal por medio de la cruz de su Hijo Jesucristo, sino que también es la más perfecta beneficiaria.

En María, la salvación apareció de entrada en su plenitud. María es el fruto más perfecto de la cruz de Cristo.

Como todos los dogmas, el de la Inmaculada Concepción es una alegría y una suerte para la Iglesia, ya que un dogma revela verdades contenidas en la Revelación divina o vinculadas a ella». (P. Régis-Marie de la Teyssonnière, Lourdes, las palabras de María, pp.228-230)



© SNDL - Pierre Vincent

RELATO DE LA 16ª APARICIÓN, JUEVES 25 DE MARZO DE 1858

«Hace veintidós días que Bernardita no se encuentra con la Señora. Pero el 25 de marzo de 1858, a medianoche, Bernardita se despierta y grita, con su voz ronca, que resuena en el calabozo: *"Tengo que ir a la Gruta"*. Así, antes de las cinco de la mañana, Bernardita llega ya al lugar de la cita; esta vez acompañada por la más joven de sus tías, Lucile Castérot. Inmediatamente después de la primera decena del rosario, la Señora se une a ella. Al terminar la oración la Señora, como de costumbre, le hace señas para que entre en la Gruta. Es en ese lugar donde, a su pedido de decirle su nombre, la Señora sólo le había respondido con una gran sonrisa. Pero hoy Bernardita se siente particularmente audaz. Se atreve, entonces, a decirle: *"¿Tendría usted la bondad de decirme su nombre?"*. La Señora sonríe nuevamente.

Finalmente, al cuarto pedido de Bernardita, la Señora pasa su rosario al brazo derecho, separa sus manos que estaban juntas, extendiéndolas hacia la tierra. Luego, con un mismo movimiento, une sus manos a la altura del pecho, levanta los ojos hacia el cielo y dice: *"Que soy era Immaculada Counceptiou"*

(Soy la Inmaculada Concepción). ¡Es una gran alegría para Bernardita saber el nombre de la Señora! Piensa, sobre todo, que esto va a causar gran placer al Señor Cura. En efecto, luego del pedido de construir una capilla y, consciente de los gastos que eso podría ocasionar, el sacerdote había exigido conocer la identidad de la que visitaba a Bernardita.

Antes de ir a ver al Párroco, Bernardita coloca su vela en el suelo de la Gruta, manifestando así su alegría, su acción de gracias, su reconocimiento. Durante el camino de regreso, no deja de repetir: a media voz esas palabras difíciles, incomprensibles: *"Que soy era Immaculada Counceptiou... Que soy era Immaculada... Que soy era..."*. Ursula Nicolau se le acerca y le pregunta: *"¿Sabes algo?"* Bernardita se echa a reír. Está radiante de dicha y le responde: *"No lo digas a nadie, pero ella me ha dicho: 'Que soy era Immaculada Counceptiou'"*. Ursula se queda sin voz y se echa a llorar.

Bernardita llega al presbiterio, entra sin llamar y enseguida grita al Señor Cura, que está delante suyo: *"Que soy era Immaculada Counceptiou"*.

Ante el asombro del P. Peyramale, Bernardita repite:

"La Señora me dijo: *"Que soy era Immaculada Counceptiou"*. *"Una señora no puede llamarse así"*, responde enseguida el Cura. Y agrega luego: *"¡Te equivocas, no sabes lo que quiere decir eso!"*. Bernardita no responde. Pero el Cura insiste: *"¿Cómo puedes decir cosas que no comprendes?"*. *"Lo he repetido durante todo el camino"*, dice entonces Bernardita. Esto ya es demasiado, el Cura no puede contenerse más. Está a punto de llorar. Hay tal inocencia y tanta gracia en las palabras de Bernardita, que se siente conmovido a tal punto que debe contener los sollozos. Sin más miramientos, dice a la niña que se vaya: *"Vuelve a tu casa, te veré otro día"*. El Sr. Cura cae de rodillas y se echa a llorar.

Bernardita sale del presbiterio y va a buscar a su confesor, el P. Bernard-Marie Pomian. Es a él a quien, dos días después del primer encuentro con la señora, que había sido el 11 de febrero, cerca de mediodía, Bernardita había contado el acontecimiento. Ahora está en condiciones de decirle el nombre de la Señora. Desde que ella ha repetido este nombre difícil, nadie le

ha dado el sentido misterioso del mismo. Ni el Señor Cura, ni el Padre Pomian, le han dicho quién es realmente la señora que se llama de este modo. La misma Bernardita no les ha preguntado nada, pues eso no la inquieta en absoluto. En efecto, no es el nombre de la señora lo que interesa a Bernardita sino que lo que le interesa es estar con ella. Ese nombre no dice a Bernardita que es un dogma, sino una persona a la que ama y de la que se siente amada.»

(P. Horacio Brito,
Novena a Nuestra Señora de Lourdes,
NDL Edition 2008, p. 45-46.)



© SNDL - Collections « Archives et Patrimoine »

¿QUÉ ENSEÑANZA PODEMOS SACAR DE ESTE RELATO?

Un gesto y una palabra

Bernardita recibió dos carismas particulares, dos gracias vinculadas a su experiencia en la Gruta y por ello a la misión de transmitir el mensaje.

La primera de estas gracias es la de «hacer bien la señal de la cruz». Para ello, le bastó con mirar a la Señora y hacer lo que ella misma hizo.

La señal de la cruz realizada por Bernardita **llega al corazón y hace creíble su testimonio**. Es en sí mismo una **catequesis silenciosa**.

«No sé si en el cielo se hace la señal de la cruz, pero si es así, seguramente se hace como Bernardita», dice Jean-Baptiste Estrade, el recaudador de impuestos.

Una religiosa de Nevers, contemporánea de Bernardita dijo: *«Su manera de hacer la señal de la cruz me conmovía profundamente».*

La segunda gracia, el segundo carisma, recibido por Bernardita, es el de decir el nombre de la Señora: *«Yo soy la Inmaculada Concepción».*

Quien pudo verla y oírla transmitir el gesto y el nombre de la Señora fue conmovido.

El obispo de Tarbes, Mons. Laurence, lo experimentó él mismo. Después de haber visto y oído a Bernardita decir esas palabras: *«Yo soy la Inmaculada Concepción»*, el Obispo, con lágrimas en los ojos dijo a su vecino: *«¡Oh, ¿ha visto a esta niña?!»*

El 8 de julio de 1866 en Nevers, cuando Bernardita acababa de llegar, la víspera, de Lourdes da testimonio de las Apariciones ante sus hermanas religiosas, todas ellas se conmovieron cuando reveló el nombre de la Señora.

Durante el proceso de beatificación, entre las hermanas que testificaron, muchas de ellas estuvieron presentes el 8 de julio de 1866. Al evocar el nombre de la Señora, que para ellas era un recuerdo lejano, todas se pusieron a llorar, reviviendo así lo que habían vivido varias décadas antes.

Hay otros muchos testimonios, sin olvidar ciertamente el del párroco de Lourdes, el abad Peyramale, quien al recibir de los labios de Bernardita el nombre de la Señora, cae de rodillas y se echa a llorar.

«En la Gruta de Lourdes, la palabra recibida por Bernardita nos envía al

dogma de la Inmaculada Concepción, esa palabra misma es dicha con un gesto.

La vimos, a la cuarta petición de Bernardita, el rostro sonriente de la Señora se vuelve grave. Abre las manos y extiende sus brazos hacia la tierra. Con el mismo movimiento, une las manos a la altura del pecho, levanta los ojos al cielo, mientras dice: *«Que soy era Immaculada Councepciou, Yo soy la Inmaculada Concepción»*.

Tal como se describe el gesto, se puede comprender que María extiende sus manos y sus brazos en un gesto amplio, más amplio, pero también más fácil de realizar puesto que es más natural. Es el gesto que hacemos como señal de bienvenida. Pero puede ser también un gesto que nos hace pensar en todos nuestros crucifijos: Cristo en la cruz tiene los brazos abiertos y las manos desplegadas siempre, puesto que están clavadas.

Cuando María levanta los ojos hacia el cielo, se dirige al Padre para mostrarnos quién es el causante de todo don perfecto.

El último elemento es el movimiento. El gesto que realiza María al decir *«Yo soy la Inmaculada Concepción»* es un gesto dinámico y de cierta amplitud. Por su dina-

mismo, este gesto puede evocar un pasaje, como la señal de la cruz que representa el misterio pascual». (P. Régis-Marie de la Teyssonniere, "Lourdes, las palabras de María", CLD ediciones. 2008).

El hecho de que las gracias recibidas por Bernardita estén vinculadas: una con el signo de la cruz y otra con el «signo de la Inmaculada Concepción» no hace más que subrayar el vínculo que existe entre estos dos signos, ellos mismos reflejan el vínculo que la Inmaculada Concepción mantiene con el misterio de la Cruz, como enseña la Iglesia.

Por tanto, cuando María extiende sus brazos, puede evocar la cruz de Cristo. Es la cruz de Cristo la que nos salva. Y la primera en beneficiarse de la salvación de Dios es la que puede decir *«Yo soy la Inmaculada Concepción»*.

Pero la cruz de Cristo es inseparable del misterio de la Trinidad. Cuando hacemos la señal de la cruz, acompañamos ese gesto con las palabras: *«En el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo»*. Así María, en Lourdes, al hacer la señal de la cruz en la primera Aparición y dejándonos percibirla en la decimosexta Aparición, nos muestra que es toda en Dios, de Dios y por Dios.

¿QUÉ SIGNIFICAN ESAS MISTERIOSAS PALABRAS QUE BERNARDITA RECIBIÓ DE LOS LABIOS DE MARÍA?

A lo largo del Evangelio, María nunca se ha presentado como la propietaria ni como la principal protagonista de la historia. En la respuesta que da al ángel Gabriel, se presenta como la "esclava": «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*» (Lc 1, 38). En otras palabras, María está siempre al servicio de la alianza que Dios ha sellado con nuestra humanidad en la persona de su Hijo Jesucristo. Y precisamente la realidad de esta alianza se encuentra en el corazón mismo del nombre que nos revela en la Gruta de Massabielle.

Entonces ¿qué contemplamos en las palabras pronunciadas en la 16ª Aparición?

1. «Yo Soy».

La Alianza como misterio de anticipación.

Al decir: «Yo soy» María habla como su Hijo. En efecto, en los Evangelios el Señor nos dice: «*Yo soy la verdad*», «*yo soy el camino*», «*yo soy la vida*», «*yo soy la Resurrección*» (para un cristiano, la Resurrección no es un estado de vida, es una persona...)

Es propio de Dios decir «*Yo soy el que Soy*» (Ex.3,14). Es la experiencia de Moisés y de tantos otros personajes del Antiguo Testamento. Y Jesús habla como su Padre. En Dios todo es transparente, nada es torcido, simplemente «*Es*».

María no se pone en el lugar de Dios. Pero sí habla como su Hijo es simplemente porque corresponde perfectamente al proyecto de Dios en su humanidad redimida en plenitud por los méritos de su Hijo. María es plenamente imagen y semejanza con Dios. El Padre dominico Guy Touton en su libro *María lo más cerca de las Escrituras y de la tradición*, nos dice: «*María es el fondo de un ser de verdad*».

Así, en ese «Yo soy» pronunciado por María, contemplamos la Alianza que Dios ha sellado con la humanidad como misterio de anticipación. La victoria definitiva de Dios sobre la miseria, el pecado y la muerte es anticipada en la persona de María.

También el cristiano, por el sacramento del bautismo, anticipa esta victoria sobre la muerte. Pero esto

podríamos afirmarlo también de cada uno de los sacramentos que celebramos a lo largo de nuestras vidas. Este “Yo soy” de María en la Gruta es para Bernardita y para nosotros, peregrinos, «la felicidad de otro mundo». Ese «otro mundo» el cristiano lo anticipa cuando realiza gestos concretos de paz, justicia, perdón y caridad.

Se propone, pues, en este sentido una pequeña celebración del **gesto del agua**. Cada uno puede adaptarlo según sus necesidades y su realidad. En el fondo de esa roca, repleta de humanidad, hay una fuente de agua que nos remite a la mirada que Dios pone sobre cada uno de nosotros. Una mirada diferente. María no es la Fuente, sino que nos indica donde está la Fuente. María no es la Fuente, sino que es el fruto más precioso de la Fuente.

2. «la Inmaculada»

La Alianza como misterio de confianza y de receptividad.

No hay que entender a la Inmaculada Concepción sólo como persona en su pureza moral, aunque todos nos arrodillamos ante la pureza moral de María.

También se puede entender la expresión “Inmaculada” como la “incautación” de una persona por Dios y al mismo tiempo como la aceptación por la fe de esta persona de querer colaborar en este proyecto divino que se le revela progresivamente.

En efecto, no se trata de un adjetivo, sino de un nombre que remite no solo a un atributo, sino también a una realidad, la de la creación inicial y más aún a la de la creación última. Con la Inmaculada se nos revela el cumplimiento de nuestra humanidad, porque María es su primer signo. Por eso san Pablo da gracias a Dios: «Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos» (Ef 1, 3-5).

En la persona de María contemplamos también la Alianza que Dios hace con la humanidad como misterio de confianza y receptividad. María vivió toda

su vida como un abandono a la Palabra de Dios. Pero el abandono no significa un no intervencionismo. Se trata más bien de permanecer siempre en estado de receptividad: «María contestó: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”» (Lc 1, 38).

Cristo es la Palabra. Él nos hace Inmaculados en la medida de nuestra receptividad a su Palabra. Y es esta Palabra la que nos hace una realidad nueva: «Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén

que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo. Y oí una gran voz desde el trono que decía: “He aquí la morada de Dios entre los hombres, y morará entre ellos, y ellos serán su pueblo, y el ‘Dios con ellos’ será su Dios”. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor, porque lo primero ha desaparecido. Y dijo el que está sentado en el trono: “Mira, hago nuevas todas las cosas”. Y dijo: “Escribe: estas palabras son fieles y verdaderas”» (Ap 21, 1-5).

Esta actitud de receptividad significa, para nosotros peregrinos en



© SNDL - Pierre Vincent

un santuario como el de Lourdes, que tenemos que llevarnos a casa a aquella que se nos da como Madre, como hizo san Juan (Juan 19, 25). Veamos en ello una invitación a conformarnos a Cristo poniéndonos en la escuela de su Madre. Y para nosotros, peregrinos de Lourdes, en la escuela de Bernardita.

En el sentido de esta confianza y receptividad, compartimos con ustedes estas notas sobre «la luz». Para el peregrino de Lourdes, a ejemplo de Bernardita, la vela de la procesión es una invitación a confrontar nuestras vidas a la luz de la Palabra de Dios, a la luz de la Iglesia.

Entremos, acompañados por María y Bernardita, en esa Alianza de confianza y receptividad.

3. Concepción»

La Alianza como misterio de esperanza y fecundidad.

La concepción está vinculada a la vida. Es, en efecto, recibir la vida al ser concebido. Es también transmitir la vida al concebir. La concepción es a la vez fruto recibido y fruto dado. Es fruto que da fruto. Si me apuran, cuando la Virgen dice: "Yo soy la Inmaculada Concepción", se puede oír también: «Porque soy Inmaculada (fruto recibido), soy

Concepción (fruto dado)».

Ella, al recibir a Dios, da a Dios. Su existencia no está sometida a la carne, es victoria continua del Espíritu sobre la carne. María, primera de los creyentes, participa plena y perfectamente en el hombre nuevo, mediante su unión con el misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Es el reflejo puro del hombre nuevo. En esto es la imagen de la Iglesia y de todo bautizado.

Y porque nos presenta esta anticipación de la victoria sobre el Mal, del Amor fiel de Dios y la fecundidad de Dios en nuestras vidas, María se presenta también como la mujer de la promesa. Y toda promesa nos abre a la Esperanza. En la persona de María contemplamos la Alianza como misterio de esperanza y fecundidad.

En este sentido, proponemos también algunas notas sobre el perdón. El perdón es siempre una puerta abierta a la fecundidad. Reparar, restituir, compartir, curar, acoger, consolar, escuchar, esperar, acompañar, etc., son muchos los gestos que son posibles en una actitud de perdón.

ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A MARÍA INMACULADA, LA IGLESIA Y LA VIDA CRISTIANA

P. Horacio Brito

«Jesús funda la Iglesia, y nosotros estamos fundados en la Iglesia. Jesús establece la Iglesia y estamos establecidos en la Iglesia. María nos engendra y nos cuida, también la Iglesia. María nos hace crecer, también la Iglesia. Y en la hora de la muerte, el sacerdote nos acompaña en nombre de la Iglesia y nos pone en los brazos de María. Es la Iglesia y es María la venerada por nuestro pueblo fiel. Por tanto, cuando hablamos de la Iglesia, debemos sentir la misma devoción que sentimos por la Virgen María. Ahora bien, el misterio de la Iglesia está íntimamente vinculado al misterio de María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia» (C. M. Galli. «La mariología del Papa Francisco. Cristo, María y los Pueblos» p. 75).

En el siglo XVI, san Ignacio de Loyola, cuando hablaba de la Iglesia decía: «Santa Madre Iglesia jerárquica». En esta expresión encontramos tres conceptos interdependientes:

**el de la santidad,
el de la fecundidad,
el de la disciplina.**

La santidad

Por el bautismo nacemos en un cuerpo santo. El de nuestra Santa Madre Iglesia. Y en el hecho de mantenernos con firmeza dentro de ese cuerpo se juega nuestra vocación a ser «santos e intachables ante él», así como nuestra fecundidad espiritual.

La santidad de la Iglesia, su vida íntima, está hecha de oración, de escucha de la Palabra, de enseñanza de los Apóstoles y de caridad fraterna. Pero esta santidad sólo tiene sentido si se convierte en testimonio y conversión.

Esta santidad no es ingenua, porque la Iglesia, el cristiano, se sabe pueblo de Dios inmerso en el mundo, a menudo tentado y siempre necesitado de oír proclamar las maravillas de Dios para convertirse. Es un pueblo que siente la necesidad de ser convocado continuamente por Dios y reunido por él.

La santidad de la Iglesia se refleja en el rostro de María Inmaculada, la que es sin pecado, pura y sin mancha, pero no olvida que reúne en

su seno a los hijos de Eva, madre de los hombres pecadores.

Esto explica, a veces, el hecho que la crítica amarga de la Iglesia, la pena que siente ante sus numerosos pecados, la desesperación que surge a su propósito, no vienen del hecho que no nos alimentamos suficientemente de esta cercanía a la santidad. La santidad de la Iglesia es fruto de la visita de Dios a su pueblo.

La fecundidad

Hablar de la Santa Madre Iglesia evoca la fecundidad. Pero se trata de una fecundidad un poco paradójica que sigue los caminos del Evangelio. Es a imagen y semejanza de Aquella que es «Virgen y Madre» al mismo tiempo.

La Iglesia es una madre, engendra hijos con el depósito de la fe. Es depositaria de la Buena Nueva que hay que anunciar. Se le han confiado la promesa, la enseñanza de los Apóstoles, la Palabra de vida y las fuentes de la gracia. Pero es un tesoro que guarda preciosamente (Virgen), pero no para mantenerlo escondido, sino para comunicarlo (Madre), es decir, para dar a luz. Esto lo constatamos en la vida de Bernardita, el tesoro que Bernar-

ditita acoge en la Gruta, lo guarda preciosamente y al mismo tiempo lo entrega. ¡La fecundidad de Bernardita es el nacimiento del santuario! Pero esto vale también para el santuario y para cada cristiano hoy. Debemos amar el misterio de fecundidad de la Iglesia como se ama el misterio de María, Virgen y Madre. Querer dar fruto es un deseo legítimo, pero a condición de que defendamos celosamente nuestra condición de simple obrero, que tratemos de armonizar nuestro compromiso con nuestra inutilidad y que admitamos que estamos llamados a sembrar, y que el riego y la cosecha son gracias que pertenecen al Señor.

La disciplina

Nuestro amor a María y a la Iglesia es un amor de unión a un Cuerpo y esto exige cierta disciplina. Quiere decir «caridad plena de discernimiento». Para un cristiano, no demostrar disciplina es mostrar indiscreción, es decir, falta de discernimiento, y la indiscreción es siempre una falta de amor.

El amor discreto nos ayuda a crecer conscientes de pertenecer a una gran comunidad que ni el espacio ni el tiempo pueden limitar. La raíz

de nuestra disciplina aparece en el hecho de que «Ningún evangelizador es el dueño absoluto de su acción evangelizadora, con un poder discrecional para cumplirla según los criterios y perspectivas individualistas, sino en comunión con la Iglesia y sus Pastores» (E.N 60).

Por tanto, nuestra adhesión al Reino «no puede quedarse en algo abstracto y desencarnado, se revela concretamente por medio de

una entrada visible, en una comunidad de fieles» (E.N. 23).

En la persona de María Inmaculada contemplamos estos tres aspectos de la Iglesia y en el celo del anuncio del Evangelio se establece el vínculo necesario entre estas tres realidades. ¡Que Nuestra Señora de Lourdes, la Virgen Inmaculada, nos obtenga del Señor un amor santo, fecundo y disciplinado, para la Iglesia!



© SNDL - Pierre Vincent

¿Y BERNARDITA?

Estamos en presencia de un testigo, Bernardita, que transmite el Mensaje recibido de la Virgen María, remitiéndonos así a la Palabra de Dios. «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida; [...] os lo anunciamos» (1 Jn 1, 1-4).

No solo Bernardita transmite esta misteriosa palabra, sino que también da testimonio de una presencia que la habita. En efecto, ese nombre no la remite a un dogma de la Iglesia, sino a una persona.

Para esa niña, ese nombre es muy importante por dos razones:

En primer lugar es la condición exigida por el señor Cura para construir “la capilla” pedida en la 13ª Aparición.

Y además, porque es el nombre de una persona con la que ha es-

tablecido una profunda relación de amistad.

Así, la transmisión de ese nombre no se basa en la comprensión que pueda tener de él, sino en la alegría que le procura y que irradia, manifestando así algo de su contenido. Los enamorados lo saben; para ellos el sentido de las palabras no se basa en conceptos, sino en la experiencia a la que remiten.

«Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador [...] Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos “discípulos” y “misioneros”, sino que somos siempre “discípulos misioneros”» (Papa Francisco, *Evangelii Gaudium* n°120).

UN ESTILO MARIANO DE EVANGELIZACIÓN

«Hay un **estilo mariano** en la actividad evangelizadora de la Iglesia. Porque cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la **ternura y del**

cariño. (Papa Francisco, *Evangelii Gaudium* n.º 288).

Así, Bernardita irradia esta presencia por dos razones: en su humanidad y en su feminidad.



Humana como esta presencia de la humanidad de Cristo, «el Verbo se hizo Carne», que nos es tan cercana e íntima. Él, Cristo, ha pasado entre nosotros (haciendo el bien). Era él quien abría su corazón para entrar en la intimidad de sus preferidos: los enfermos y los pecadores. Y María, la hija eminente del Padre, es la más íntima a la persona de Cristo.

«Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del Amor de Dios. [...]

En los santuarios, donde puede percibirse cómo María reúne a su alrededor a los hijos que peregrinan con mucho esfuerzo para mirarla y dejarse mirar por ella. Allí encuentran la fuerza de Dios para sobrellevar los sufrimientos y cansancios de la vida» (Papa Francisco, *Evangelii Gaudium* n.º 286).

Feminidad, lo que es propio de ella. Es el culmen de la admirable y desconocida misión que Dios ha dado a las mujeres, más cercanas a la vida que los hombres, distanciados por la preocupación de dominarla y gobernarla desde fuera.

«María es la que sabe transformar una Gruta para animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura. Ella es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada que comprende todas las penas. Como madre de todos es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia. Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su cariño materno» (Papa Francisco, *Evangelii Gaudium* n.º 286).



Tres celebraciones en torno al tema del año

EL GESTO DEL AGUA

P. Horacio Brito, Misionero de la Inmaculada Concepción, capellane de Lourdes

En la Gruta de Lourdes hay un antes y un después del descubrimiento del manantial. Ese lugar sucio y fangoso tenía muy mala fama. Pero al sacar Bernardita a la Luz esa fuente, respondiendo a las palabras de la Virgen: «Vaya a beber y a lavarse en la fuente» desencadena al mismo tiempo una transformación rápida y espectacular. Gracias a la fuente, la Gruta se convierte, efectivamente, en un centro de atención cada vez mayor. Desde entonces, nos sentimos atraídos por la fuente en la Gruta. Venimos a verla, a buscarla, a beber y a bañarnos. Y cuando dejamos la Gruta, es para llevar a casa el agua de la fuente. De este modo se conserva lo mejor de la Gruta para compartirla y seguir teniendo acceso a ella.

Pero, ¿qué ha querido enseñarnos María al pedir a Bernardita que desvelara el manantial de la Gruta?

Ante todo, las profundidades del corazón de Cristo, su misericordia: *«Pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza le traspasó el cos-*

tado, y al punto salió sangre y agua» (Jn 19, 33-34). El corazón de ese hombre crucificado contenía toda la misericordia de Dios significada por el agua que brota de su costado.

Y además el agua de la Gruta nos envía de nuevo a nuestro propio corazón, ya que Dios, al crear el hombre y la mujer a su imagen, depositó en nosotros una parcela de eternidad. Separado de Dios por el pecado, el hombre ya no tiene acceso a esa fuente que se encuentra sellada para siempre. Eso es lo que ha venido a liberar el Hijo de Dios.

Jesucristo nos da de nuevo acceso a la fuente de vida colocada en lo más profundo de nuestro corazón gracias al bautismo. *«El agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna»*, dijo Jesús a la Samaritana (Jn 4, 14). Así, para todo bautizado, hay también un antes y un después del descubrimiento de la fuente. Este descubrimiento puede hacerse por primera vez al realizar una peregrinación, un tiempo fuerte, un encuentro. Pero este descubrimiento hay que rehacerlo continuamente. Por eso, el papel

de María en toda vida cristiana es determinante. Como discípulo, se trata de tomar a María en nuestra casa (Jn 19, 27). Y vivir con ella como Bernardita. María nos indica la fuente, nos lleva a ella, nos la da.

Celebración del Gesto del Agua

La celebración que se propone es a título indicativo. Puede hacerse de manera personal o comunitaria. Cada peregrinación puede adaptarla y enriquecerla con canciones y oraciones. Se puede añadir una lectura y, si hay un ministro, una predicación. Es necesario prever algunos recipientes con agua de la Gruta y vasos para cada uno de los participantes.

Guía. Acompañados por Nuestra Señora de Lourdes y santa Bernardita hagamos juntos la señal de la Cruz.

En nombre del Padre y del Hijo y del espíritu Santo. ¡Amén!

G. Nos ponemos en presencia de Dios
(Guardamos un momento de silencio)

G. El 25 de febrero de 1858, durante la novena aparición, Nuestra Señora de Lourdes pidió a Bernardita Soubirous:

«Vaya a beber y a lavarse en la fuente».

Pidamos a la Virgen Inmaculada que nos ayude a descubrir la fuente de caridad que ya está en nosotros y a compartirla con nuestros hermanos. Todos tenemos sed de la caridad de nuestros hermanos.

G. Siguiendo a Bernardita, y a tantos otros peregrinos venidos del mundo entero, estamos aquí para realizar ese mismo gesto.

«Dios te salve María... (Recemos todos juntos un Avemaría...)»

G. La «fuente» es Dios Padre que nos da a su Hijo Jesucristo: *«Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna»* (Jn 3, 16).

G. La «fuente» es la persona de Jesucristo: *«El que tenga sed, que venga a mí y beba»* (Jn 7, 37)

G. La «fuente» es la persona del Espíritu Santo: *«Pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que mana hasta la vida eterna»* (Jn 4, 14).

Recemos todos juntos un Avemaría...

G. Beber agua de la Gruta y lavarse con ella es dejar que venga a nuestro encuentro el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

G. Beber y lavarse con el agua de la Gruta es pedir al Señor que nos haga receptivos a su Palabra y a los sacramentos que son fuente de vida.

G. Beber y lavarse con el agua de la Gruta es dejarse transformar por la gracia de la conversión y dejarse reconciliar con Dios y nuestros hermanos.

Recemos todos juntos un Avemaría...

G. Hagamos nuestra esta oración de Bernardita: (Se puede leer lentamente por el guía..., se puede invitar a los participantes a cerrar los ojos...)

«Oh Jesús, dame, te lo suplico, el pan de la humildad. El pan de obediencia. El pan de caridad. El pan de fuerza para romper mi voluntad y fundirla con la tuya. El pan de mortificación interior. El pan de desprendimiento de las cosas creadas. El pan de paciencia para soportar las penas que mi corazón sufre. Oh Jesús, me quieres crucificada. Hágase. El pan de fuerza para bien sufrir. El pan de ver sólo a ti en todo y

siempre. Jesús, María, la Cruz; no quiero otros amigos que estos. ¡Amén!».

(Cada participante tiene un vaso con un poco de agua de Lourdes. Prever que todos tengan su vaso lleno desde el inicio de la celebración).

Todos beben agua en el cuenco de la mano y se lavan la cara.

Mientras se hace el gesto, se puede cantar el *Ave Maria* de Lourdes.

G. ¡Nuestra Señora de Lourdes, ruega por nosotros!

¡Oh María sin pecado concebida, ruega por nosotros!

¡Santa Bernardita, ruega por nosotros!

En el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Amén!



© SNDL - Pierre Vincent

EL GESTO DEL CIRIO

P. Régis-Marie de La Teyssonnière

«María es un ser de luz, por su unión con su hijo Jesucristo. Unida a Cristo, María nunca conoció el pecado, ya que fue preservada de él por la gracia. Inmaculada, María refleja a Cristo. Este es el privilegio de María. Esta es su transparencia.

En la primera aparición, Bernardita nos dijo: *«Vi a una señorita envuelta en luz»* y así fue en cada una de las 18 apariciones. Por una parte, siempre estará contenta con la luz que vio. Por otra parte, el reflejo de esta luz en su rostro fue, para aquellos que no la veían, la señal que ella ve.

Pero si ve con sus ojos de carne y si su rostro está iluminado, es al mismo tiempo su corazón el que está iluminado. La luz que contempla y recibe revela sus propias tinieblas y las disipa. Así, desde el inicio de su encuentro con la Virgen María, Bernardita tomará conciencia de su pecado. Por eso se confiesa por primera vez en su vida tres días después de la primera aparición.

La vela que Bernardita lleva desde la tercera aparición tiene un doble

uso. Primero para ver y, para los demás, para saber si ve. Pero esa vela le ayuda sobre todo a rezar, porque esa vela recuerda la del bautismo, que, después de haber sido encendida en el cirio pascual, se entrega a los padrinos para el bautizado. Esta luz se recibe «cuando se transmite la llama de esa columna de cera, su claridad no disminuye», como canta la liturgia de la Iglesia en la noche de Pascua.

Desde el principio la luz tiene un lugar importante en la Gruta. De hecho, se imita espontáneamente a Bernardita viniendo con una vela como hacía ella. Pero se imita a Bernardita sobre todo a nivel espiritual. Así es como muchos vienen a la Gruta a pedir una luz para sus vidas o más bien a buscar la luz que todavía no ven.

En Lourdes, cada día termina con la procesión mariana de las antorchas, que es un verdadero baño de luz. En el momento del canto del Ave María o del Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, cada uno eleva su vela. Con este simple ges-

to, el cielo y la tierra parecen unirse, quizás como en la noche de Navidad.

Este gesto hace visible lo que sucede en el corazón que tan bien señala el apóstol san Pablo: *«Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino del*

Hijo de su Amor, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados» (Col 1, 13). (P. R. M. de la Teyssonnière «La Gruta de Lourdes, un camino de Evangelio» p. 197- 200).



© SNDL - Pierre Vincent

Celebración del Gesto del Cirio, la Luz

(Memorando para preparar una celebración o una catequesis).

La luz es el centro de la experiencia de Bernardita

⤵ Desde el 11 de febrero de 1858, la luz:

- Precede a la Aparición
- Está presente durante toda la Aparición
- Permanece unos instantes después de la Aparición

⤵ Bernardita lleva una vela encendida en la mano izquierda durante 15 de las 18 apariciones (de la 3ª a la 17ª incluidas)

⤵ Esa vela

- Recuerda a Bernardita la vela de su bautismo
- Una historia: la historia de todos los bautizados

A la hora de los misterios gozosos de las apariciones (de la 1ª a la 7ª)

Esa vela representa a Bernardita llena de alegría en presencia de la «Señora».

Es la vela que todos los cristianos reciben el día de su bautismo al recibir la misión y la gracia de convertirse en «luz del mundo» tras los pasos de Cristo que dijo: «Yo soy la luz del mundo».

A la hora de los misterios dolorosos de las apariciones (de la 8ª a la 11ª)

Para realizar los gestos penitenciales vinculados a la Pasión de Cristo, Bernardita confía su vela a otra persona. Así demuestra que:

Entregando su vida por nosotros,

Jesucristo que dijo: «Yo soy la luz del mundo»

Se sumerge en la oscuridad del pecado y la muerte.

A la hora de los misterios gloriosos de las apariciones (de la 12ª a la 18ª)

La relación de Bernardita con su vela cambia: ella se ha convertido en cierto modo la vela que lleva.

Así, el día de la 17ª aparición, la llama de su vela lame sus dedos durante un largo tiempo sin quemarla, como en el desierto la zarza ardiente que contemplaba Moisés que ardía sin consumirse.

En la 18ª y última aparición, Bernardita ya no tiene vela. Entonces ve a la Virgen más hermosa que nunca. Entonces ella se vuelve un poco semejante a ella. Como todo bautizado que está llamado a ver en el cielo a Cristo como es, cuando se le haya hecho semejante.

CELEBRACIÓN DEL PERDÓN

P. Horacio Brito

(Algunas pistas para construir una celebración en torno al tema del perdón. Les invito a enriquecerlo con cánticos, textos de las Escrituras, etc.)

En relación con el tema pastoral, «Yo soy la Inmaculada Concepción», les propongo algunas pistas para reflexionar en torno al tema del perdón o para preparar una celebración.

¿Por qué este tema? Como hemos dicho en la presentación del tema del año, la presencia de la Inmaculada abre el corazón del hombre a la fecundidad y la esperanza. Y el perdón concedido o recibido produce siempre frutos y abre la vida del hombre a un futuro.

Pero, ¿El hombre es capaz de perdonar a su hermano? Humanamente, no. Demasiados sufrimientos, el temor de trivializar el horror, de negociar con el mal, la confusión entre el olvido y el perdón, la necesidad imperiosa de justicia, impiden a menudo acceder al gesto del perdón.

Por otra parte, está claro que el perdón, tal como Jesucristo lo encarna en palabra y en actos, no está al alcance del hombre. Quizás sea una de las revelaciones más conmovedoras y emocionantes de la

misericordia de Dios. En la primera aparición a sus discípulos, Cristo resucitado los saluda diciendo: «*Paz a vosotros*». Y al mismo tiempo les da el poder espiritual y creador de perdonar: «*Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos*» (Jn 20,23).

Así, en la mañana de Pascua, el perdón se hace posible y la Iglesia recibe la misión de reconciliación. El perdón es un gesto creador y liberador para el ofensor y el ofendido. El ofensor es liberado del encierro en su pasado. El ofendido, del encierro en su resentimiento. El deseo de venganza paraliza al hombre y destruye la paz personal y social. El perdón es siempre un acto de esperanza. Perdonar es decir a quien está paralizado en su pasado: «*Levántate y anda. Eres más que tu pecado. Todavía tienes un futuro posible. Ama y conviértete en un hombre libre*».

Así pues, a partir de estas líneas, les propongo algunas reflexiones que espero les ayuden a reflexionar sobre el perdón dado y recibido y, quizás, a construir una celebración.

Algunas pistas para construir una celebración en torno al perdón

Bernardita nos dice de la primera aparición: *«Vi a una señorita en-vuelta en una luz que me miraba y me sonreía»*. Poco después dirá: *«Y yo miraba cuanto podía»*.

En los Evangelios se habla dos veces de la mirada de María: primero en el momento del Magnificat, cuando ella nos dice: *«Ha mirado la humildad de su esclava»* (Lc 1, 48). Luego, cuando al pie de la cruz se nos dice: *«Jesús, al ver a su madre...»* (Jn 19, 26).

Entonces en esa mirada de María encontramos la continuación de esa mirada misericordiosa del Padre y del Hijo. Y Bernardita nos transmite esa experiencia cuando nos dice: *«Yo miraba cuanto podía»*.

Entonces, ¿qué transmite la mirada de María?

Ante todo, una **presencia** que se traduce en un **«Estoy aquí. ¡No tengas miedo!»** La cuestión de todo hombre es existir, pero sólo existimos por los demás, y la mirada de María hace que Bernardita exista. Hasta tal punto que llegó a decir: **«Me habla como una persona habla a otra persona»**.

La mirada de María es también

una **mirada acogedora**: **«¿Quiere hacerme el favor de venir aquí durante quince días?»** Así, María invita a Bernardita a unirse a ella y también a dejarse acompañar.

La mirada de María nos habla también de una **aceptación llena de promesas**. Es decir, no se detiene en el exterior, en lo superficial, en lo que se ve, sino que es una mirada que sabe ver en el otro a la criatura de Dios. **«No le prometo la felicidad de este mundo, sino de otro»**.

La mirada de María es también una mirada de **acompañamiento, amistad, fraternidad y convivencia**: **«Hacerme la gracia, tener la bondad»**. Al mismo tiempo, es una relación **exigente**: **«¡Vaya a beber, vaya a decir!»** Esto implica una conversión.

Por último, es una mirada **positiva**: **«Rece a Dios por los pecadores»**.

Por tanto, con estos pocos aspectos podríamos proponer a los peregrinos una celebración del perdón en torno a la mirada de María, mirada siempre abierta a **la esperanza y fecundidad**. He aquí algunas pistas:

¡Pidamos a María que nos preste su mirada!

Para mirarnos a nosotros mismos y aprender a descubrir lo que el

Señor ha puesto de bueno en nosotros y darlo a los demás...

¡María, préstanos tu mirada y enséñanos a perdonar!

Para mirar a las personas que no nos aman, las que nos han herido, mentido, traicionado, decepcionado, humillado...

¡María, préstanos tu mirada y enséñanos a perdonar!

Para mirar a las personas que no amamos, a las que hemos despreciado, dejado de lado, humillado, ofendido, ignorado...

¡María, préstanos tu mirada y enséñanos a perdonar!

Para mirar a las personas que nos cuesta mirar, a los enfermos, las personas mayores, los que no piensan como nosotros, los jóvenes que nos empujan, los pobres, los emigrantes...

¡María, préstanos tu mirada!

Para mirar a nuestra Santa y Madre Iglesia, a nuestra Iglesia diocesana, a nuestra parroquia, a nuestras comunidades de vida.

En el momento de la oscuridad, del no-sentido, del pecado, del abandono, del olvido de la misericordia.

¡María, préstanos tu mirada!

En el momento de la venganza, del resentimiento, de la frialdad, del

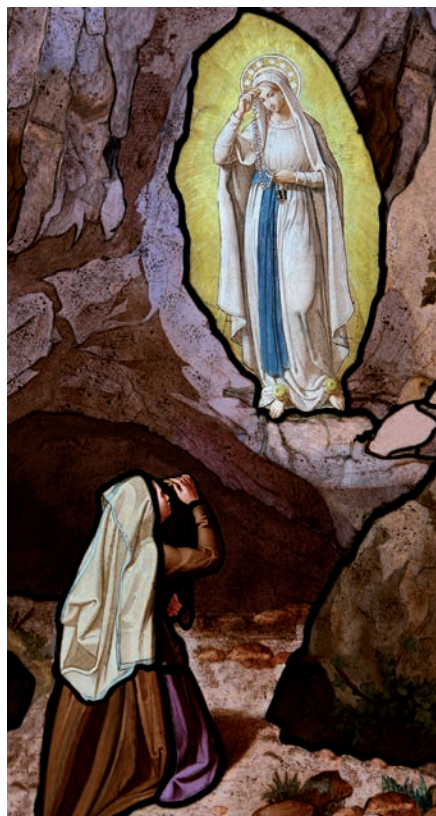
olvido de la ternura.

¡María, préstanos tu mirada!

En el momento de la venganza, del resentimiento, de la frialdad, del olvido de la ternura.

¡María, préstanos tu mirada!

Reúnenos a todos bajo tu mirada, en la ternura del amor verdadero donde se reconstituye la familia humana. ¡Santa Madre Inmaculada, te lo pedimos!



© SNDL - Pierre Vincent

ANT. DE ENTRADA

*Desbordo de gozo con el Señor y me alegro con mi Dios:
porque me ha puesto un traje de salvación y me ha envuelto
con un manto de justicia, como novia que se adorna con sus joyas.*

ORACIÓN COLECTA

*Oh Dios, que por la concepción inmaculada de la Virgen preparaste
a tu Hijo una digna morada y, en previsión de la muerte de tu Hijo,
la preservaste de todo pecado, concédenos, por su intercesión,
llegar a ti limpios de todas nuestras culpas.*

Por nuestro Señor Jesucristo.

PRIMERA LECTURA

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor.

Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado. En él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia ha derrochado sobre nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra.

En él hemos heredado también los que ya estábamos destinados por decisión del que lo hace todo según su voluntad, para que seamos alabanza de su gloria quienes antes esperábamos en el Mesías.

En él también vosotros, después de haber escuchado la palabra de la verdad - el evangelio de vuestra salvación - creyendo en él habéis sido marcados con el sello del Espíritu Santo prometido. Él es la prenda de nuestra herencia, mientras llega la redención del pueblo de su propiedad, para alabanza de su gloria.

– Palabra de Dios.

CÁNTICO DE ISAÍAS (Is 61, 10-11 & 62,2-4)

R/ ¡Me llenó de gozo el Señor, Alleluia!
¡Él me revistió de santidad, Alleluia!

Desbordo de gozo con el Señor,
y me alegro con mio Dios,
porque me ha vestida un traje de gala
y me ha envuelta en un manto de triunfo.

Ya no te llamarán « Abandonada »,
ni a tu tierra « Devastada »,
porque el Señor te prefiere a ti,
y tu tierra tendrá « Esposa ».

ALELUYA

Aleluya, Aleluya.

*Alégrate, María, llena de gracia, el Señor está contigo,
bendita tú entre las mujeres.*

Aleluya.

EVANGELIO

Lectura del santo Evangelio según san Lucas

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin».

Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?».

El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible». María contestó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel se retiró.

– Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe complacido el sacrificio salvador que te ofrecemos en la solemnidad de la Inmaculada Concepción de santa María Virgen y, así como reconocemos que la preservaste, por tu gracia, limpia de toda mancha, guárdanos también a nosotros, por su intercesión, libres de todo pecado.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque preservaste a la santísima Virgen María de todo mancha de pecado original, para preparar en ella, enriquecida con la plenitud de tu gracia, la digna Madre de tu Hijo, y mostrar el comienzo de la Iglesia, su bella esposa sin mancha ni arruga.

Purísima había de ser la Virgen que nos diera al Cordero inocente que quita el pecado del mundo. Purísima la que destinabas entre todos, para tu pueblo, como abogada de gracia, y ejemplo de santidad.

Por eso, unidos a los coros de los ángeles, te alabamos proclamando llenos de alegría:

Santo, Santo, Santo.

ANT. DE COMUNIÓN

Qué pregón tan glorioso para ti, Virgen María, porque de ti ha nacido el sol de justicia, Cristo, nuestro Dios.

ORACIÓN DESPUÉS LA COMUNIÓN

Señor Dios nuestro, el sacramento que hemos recibido repare en nosotros las heridas de aquel primer pecado del que preservaste de modo singular la Concepción inmaculada de la santísima Virgen María.

Por Jesucristo, nuestro Señor.



QUE SOY
ERA
ADA COUNCECIOU



SANCTUAIRE N.-D. DE LOURDES
1 avenue Mgr Théas / 65108 Lourdes cedex-FRANCE



www.lourdes-france.org

Tel. +33 (0)5 62 42 78 78

